

MEMORIAS DEL SEMINARIO

CÓMUNICACIÓN
Y CIUDAD

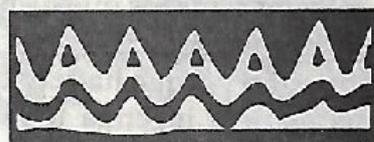
REALIZADO EN MEDELLÍN POR
LA FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL
DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA
BOLIVARIANA, LA UNESCO Y LA ALCALDÍA
DE MEDELLÍN

JUNIO 15, 16, 17 DE 1995

De la urbe a la polis: la construcción de ciudadanía

María Teresa Uribe.

Socióloga. Investigadora del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia



Quiero agradecer que estén aquí un sábado en la mañana y poder compartir con ustedes algunas preocupaciones en torno a la dimensión política de lo urbano. Hoy quiero compartir algunas reflexiones sobre esa dimensión política de lo urbano, es decir, frente a las preocupaciones con relación a la construcción de la *polis* y del *demos* o sea del espacio público y de la democracia y salirme un poco de dos lugares comunes que han hecho carrera en nuestros discursos académicos y políticos y que a mi juicio han perdido toda capacidad de significación y de sentido y que en la práctica han conducido el debate sobre la dimensión política de lo urbano a una especie de callejón sin salida. Hablo específicamente de esa dicotomía simple entre sociedad civil-Estado y de la llamada participación comunitaria. Quiero entonces hacer un rodeo y no abordar el enfoque desde esta perspectiva sino un poco desde lo que tiene que ver con la construcción de polis y demos en las sociedades complejas y en las urbes modernas. Y esto es bien significativo quizá por la violencia generalizada que han vivido las ciudades colombianas específicamente Medellín, los problemas urbanos se han agudizado, la crisis del Estado que también es la crisis de las administraciones locales, la corrupción y

impunidad nos han llevado a una especie de confianza ilimitada, a veces ingenua, en la sociedad civil. Se presupone que la sociedad civil nació en singular además se habla de LA sociedad civil, sin entender que es una pluralidad compleja y contradictoria y con grandes tensiones, pero se habla de ella en singular y se la piensa como la gran alternativa para salir de la crisis. Como una unidad de una manera holística evitando por esta vía el reconocimiento de todas estas diferencias, antagonismos, lenguajes, símbolos, códigos que cruzan y dificultan la vida y la comunicación urbana. Pero además de percibir la sociedad como una unidad, como el resumen y la síntesis en uno, lo que a mi juicio implica concepciones totalizantes por no decir totalitarias, se la piensa también (la sociedad civil) como un sujeto: ustedes oyen que dicen "convoquemos la sociedad civil" como si fuera un sujeto, un personaje y obviamente se le personaliza y representa como un personaje que portaría la razón de la sociedad. Como la expresión de valores éticos, de honestidad, de desinterés, de independencia y de verdad. Todo lo que viene de la sociedad civil sería bueno, justo, limpio y transparente, lo que no es en sentido estricto cierto. Frente a esta concepción ingenua y totalizante de la sociedad civil

subjetivizada, personalizada, se erige como contrapartida la imagen del Estado como su contrario absoluto, como esa especie de personaje obscuro, perverso, engañoso y del cual mejor sería precaverse porque la cercanía con él podría entrañar riesgos. O sea que habría que desconfiar del Estado.

Esta recuperación ambivalente de la sociedad civil, este discurso socialista, comunitarista que hemos venido repitiendo desde los años 80s hacia acá, a mi juicio ha generado más problemas que los que ha podido resolver. No sólo porque prescinde completamente del Estado, sino porque ha servido para reforzar de una manera ingenua toda la diatriba de los neoliberales y de los neoconservadores contra el Estado. Y ha fortalecido, como les decía, ese comunitarismo socialista que al parecer abandonó la política hace mucho tiempo para jugarle más bien al ámbito de las pequeñas reivindicaciones fragmentadas y por lo tanto sin sentido de ciudad.

El lugar común que quisiera evitar en este análisis es el que tiene que ver con la llamada participación comunitaria. Pensada en pequeño y para pequeñas cosas, ejercida en ámbitos restringidos: el barrio, la comuna, el estamento, la corporación, y de alcances confinados a las necesidades específicas y por tanto parciales de lo microsocioal.

Yo no quisiera desconocer la importancia que tienen estas posibilidades que se aglutinan frente a lo micro en el mundo urbano en tanto que son importantes porque generan relaciones de conexión y generan ciertas identidades. Pero no tienen dimensión política en sí mismas. Ni puede confundírselas con la democracia o con la *polis*, porque generalmente se piensa que si hay participación comunitaria ello nos está garantizando la democracia y ello es falso.

El *demos* es otra cosa. Estas sociabilidades son importantes, crean tejido social, resuelven problemas del mundo, de la necesidad de los habitantes pobres de las grandes ciudades. Pero aquí con la participación comunitaria no estamos creando ni *polis* ni *demos*, ni estamos fortaleciendo la democracia. Tienen su impor-

tancia y su interés pero hay que circunscribirlas a lo que son y no exigirles más allá de lo que realmente ellos mismos pueden ofrecer.

Lo público

Quiero entonces ensayar hoy una vía analítica diferente para abordar la dimensión política de lo urbano, incorporando en esta dicotomía simple Estado-sociedad civil, una esfera: la de lo público. Es decir, convirtiendo esa diada en una tríada, que nos permita pensar los problemas políticos de las urbes modernas.

La esfera o dimensión de lo público implica el estado local, la administración, la gestión pero es algo más que eso: son también las identidades políticas, la ciudadanía, lo que dentro de nuestras ciudades fragmentadas y diversas puede ser común y colectivo, lo que es visible, y abierto, y aquello que no puede ser apropiado privadamente y que debe ser visto y oído por todos los habitantes de la urbe.

De allí que en el ámbito específico de lo público es donde podrían pensarse los medios de comunicación masiva. La función de los medios de comunicación masiva en parte es eso, es escenificar los microdramas y macrodramas que se viven en la urbe con ánimo de generar polémica, discusión, debate y argumentación. Entonces lo público tiene una dimensión estatal pero es algo más que el Estado local. Y también lo público tiene una dimensión en la sociedad civil, pero no se confunde con ella en tanto que la sociedad civil también tiene una dimensión privada, íntima, doméstica que estaría precisamente en preservar lo privado, preservar lo íntimo de los abusos e intervenciones descaradas del Estado en ella.

El asunto nuestro es que como no tenemos una delimitación clara de qué es lo público tampoco tenemos una concepción estricta de qué es lo privado y por eso de alguna manera hemos soportado los abusos del Estado en asuntos que son eminentemente privados. Toda la polémica en torno por ejemplo a deci-

siones como la de mandar a los muchachos a acostar a las 11 p.m. tiene que ver con que no entendemos que la vida privada de la gente hay que respetarla.

O todo el escándalo que se ha hecho en Colombia en torno al uso mínimo de drogas o al manejo del consumo normal de alguien que le gusta y decide en su fuero interno que va a consumir alguna cosa que la sociedad ha demonizado, pues también es no entender de alguna manera qué significa eso de lo íntimo y de lo privado. Y si no entendemos ese autorreconocimiento de lo privado tampoco podemos entender qué es lo público ni establecer esas dimensiones analíticas que nos sirvan para aproximarnos a la dinámica de la ciudad.

Desde esa perspectiva entonces, lo público operaría obviamente en la sociedad civil, porque ahí es donde se desarrollan las prácticas políticas, las organizaciones políticas, las identidades políticas, el juego de la democracia. O sea el *demos* existe en la sociedad civil, lo que es muy grave es confundir *demos* y sociedad civil porque no son términos equivalentes ni se pueden utilizar de una manera indistinta.

Y eso ha llevado a confusiones que no han sido para nada buenas.

Urbe sin polis

La tesis central que hoy quiero discutir con ustedes va precisamente en esa dirección: en Colombia hemos construido de una manera fragmentada y espontánea urbes. Pero no logramos aún construir *polis*, es decir, nuestras ciudades, nuestro mundo urbano presenta débiles y desdibujadas dimensiones públicas. Tenemos en lugar de administraciones locales sólidas, administraciones patrimoniales o prebendarias y como contrapartida tenemos ciudadanías de baja intensidad como las llama O'Donnell, y es en esa carencia y en esa pobreza de dimensión pública donde se arraiga buena parte de las dificultades para resolver con perspectiva democrática los problemas de la vida urbana.

Yo quiero ser muy enfática en esto: la democracia no resuelve problemas, pero sí es una



manera de resolver esos problemas desde una perspectiva democrática.

Las urbes son gobernadas o si se quiere ingobernadas, lo que se está planteando precisamente en este momento es la ingobernabilidad de nuestras ciudades. Pero bueno, de alguna manera pensemos que son gobernadas por un aparato administrativo legal que tendría como objetivo ordenar la vida en la ciudad, proveer servicios, recursos e instrumentos técnicos para responder a las necesidades y demandas de ese agregado humano que la habita.

Las urbes entonces son complejas, en ellas reina la diversidad y están atravesadas por tensiones y contradicciones de toda índole y por relaciones asimétricas de poder, por códigos comunicativos diferentes y por una dificultad inmensa de elementos de interrelación entre sus fragmentos. El problema no es que las urbes sean fragmentadas, todas las urbes del mundo están definidas por ese carácter de la fragmentación, el asunto complicado es la gran dificultad de que esos fragmentos puedan entrar en algún grado de comunicación y entenderse en un código más o menos similar.

Entonces esa es la condición de las urbes: es la complejidad, las diferencias, los conflictos. Ese no es el problema de la ciudad, que sean complejas, las ciudades son así, son complejas. De lo contrario estaríamos moviéndonos en una perspectiva romántica de pensar que las urbes son simplemente una expansión territorial de lo que eran las ciudades premodernas o los pequeños pueblos.⁹ Simplemente hay que entender que la condición de la urbe es la complejidad, la pluralidad, la divergencia, las tensiones, los conflictos y las rupturas en los mecanismos modelos y estrategias de comunicación intergrupales.¹⁰ Las urbes serían entonces el entramado espacial, cultural y socioeconómico de la polis. Y la demanda de polis, de democracia no sería de ninguna manera suprimir la urbe para crear pues el reino armonioso de la polis. La polis sería una nueva dimensión de lo público que se erige sobre ese entramado, que se teje con sus elementos para darle fundamen-

talmente sentido, conexión, dirección y orden democrático a las urbes. O sea, la urbe sería una cara de la moneda y la polis sería otra. No implicaría entonces que nos montemos en el proyecto de crear polis para superar los problemas de la urbe: la polis existe, se desarrolla y se teje precisamente en torno a esa complejidad y a esa pluralidad que una verdadera polis, una verdadera dimensión de lo público, debe preservar y mantener.

Por tanto, vamos a tratar de exponer de una manera muy sucinta los perfiles de las urbes y las polis contrastándolos con el ánimo de señalar las diferencias y los lugares de complementariedad entre ambas.

Modernización

Lo primero que tendríamos que señalar, que a veces se nos olvida, cuando lloramos sobre la dramática situación de las urbes es que las urbes, son por excelencia el lugar donde se desarrolla el proceso de modernización. El proceso de modernización ocurre en un topos muy definido y ese topos es el de las urbes, el de las grandes ciudades. Ese es el espacio donde ese proceso de modernización tiene lugar y precisamente la urbe contribuye a formar y reproducir el proceso de modernización.¹¹

Las polis por el contrario están asociadas con el proceso de modernidad política y cultural y con los procesos de cohesión e identidad modernos.

Mientras las urbes producen pobladores urbanos, las polis generan ciudadanos. No es lo mismo ser ciudadano que poblador: para ser ciudadano se requiere una identidad política y una acción política en la urbe, no solamente la acción de tomar la palabra como decía Darío Ruiz, sino de argumentar, de deliberar y de participar en hacer público lo público, en hacer visible lo público, en hacer abierto lo público, en la cognoscibilidad de todos aquellos elementos que hacen la vida urbana. Ese es el lugar de los procesos de modernidad y modernización.

Amplios escenarios

La segunda característica de las urbes, es que las urbes demandan dimensiones y espacios públicos más amplios y complejos que lo que se podría tener en poblaciones pequeñas o en las ciudades premodernas. Las urbes han sido comparadas a escenarios en los cuales se representa la vida en la ciudad, escenarios porque precisamente la acción política debe ser una acción que se desarrolle en público, para un público que puede observar ese escenario pero no es un público pasivo sino un público que puede exigir de alguna manera que las cosas sean transparentes, visibles, constatables como si estuviesen en una caja de cristal. Entonces realmente la dimensión pública: la calle, la plaza...

Las urbes privatizan estos espacios, esos espacios terminan privatizados por aquellos grupos que tengan la capacidad, la astucia y el poder para excluir a otros pobladores de esos espacios públicos. Entonces cuando no existe la dimensión de la *polis* las urbes terminan siendo privatizadas y los espacios públicos terminan siendo privatizados por grupos de poder que tienen intereses parciales, particulares y específicos para desarrollar su acción allí. Por lo tanto el asunto es que en nuestras urbes los espacios públicos son pedazos de tierra de la cual se apropia aquel que tenga la fuerza suficiente para cerrarlo, o sea negarle la condición de lo público, excluir de allí a otros pobladores y usarlo para su propio beneficio.

Otra característica de las urbes es que son el espacio de visualización y por lo tanto es donde se hacen constatable las tensiones, las divergencias, los conflictos políticos. Allí es

donde las masas se presentan en el escenario por primera vez y es allí donde se reconoce la condición de los antagonismos sociales.

Las urbes son los lugares de la pugna por la hegemonía cultural, por la dirección de los procesos productivos y por el control de la administración de lo urbano./

No podemos esperar entonces a hacer de la urbe una arcada feliz pura.

Son precisamente estos elementos de fragmentación que acompañan la modernización lo que está generando esas condiciones.

La *polis* es precisamente aquella dimensión a través de la cual se preserva lo público porque cuando en las urbes esa dimensión es pobre, los espacios acaban siendo privatizados. La idea es que mientras no exista la dimensión de lo público "polis", terminarán (las urbes) siendo arrasadas por fronteras internas, cerradas, confinadas. Como ocurre en Medellín que casi se necesita pasaporte o cierto conocimiento de que uno va a llegar allá para poder pasar. O sea que la ausencia de la *polis* en lugar de hacer de la ciudad una ciudad sin confines lo que está haciendo es una ciudad confinada, fragmentada y cruzada de fronteras.

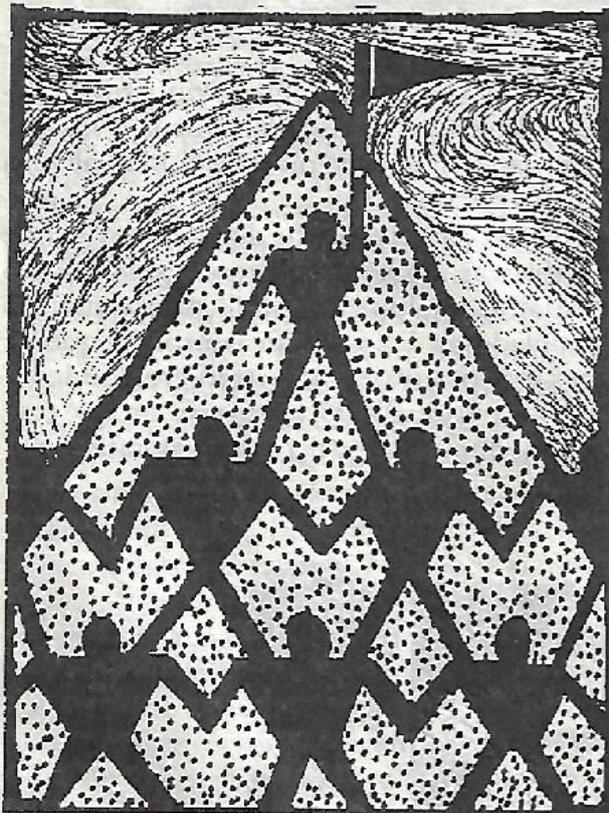
La urbe genera, amplía y configura espacios y dimensiones públicas que son las que preservan esas condiciones de ciudad abierta y no confinada.

Las tres características de las urbes es que son abiertas: no tendrían fronteras sociales o culturales, con libre accesibilidad a todo tipo de pobladores. Esto significa entonces que las urbes son los lugares del extranjero donde los extraños pueden llegar y moverse sin que tenga supuestamente restricciones valorativas po-



líticas, religiosas y culturales. Son el espacio de la otredad

° Sin embargo para un habitante de Medellín o de otras ciudades colombianas ese carácter cosmopolita de lo urbano no es vivido como tal: se acepta a aquel que es igual, que comparte idénticos procesos culturales o identidades sociales pero tenemos una gran dificultad de desarrollar ese cosmopolitanismo que no es otra cosa que *LA CAPACIDAD DE ACEPTAR EL EXTRANJERO*. Entonces el poblador tiene una gran dificultad para eso, el ciudadano por el contrario, sería *AQUEL QUE SE MUEVE FÁCILMENTE ENTRE LAS DIVERSIDADES*, que no lo asustan ni lo confrontan los extranjeros ni pone en duda su propia identidad porque tenga que entrar en relación con la diferencia. En suma, el ciudadano es aquél que ha construido la tolerancia como una condición del habitante en la ciudad.



Diversidad

El quinto aspecto que quiero plantearles a ustedes es el que tiene que ver con unas características especiales de las urbes y es que son definidas por el *MOVIMIENTO* y *LA SIMULTANEIDAD*. Todo se mueve en las urbes, nada es fijo nada es permanente. Son esencialmente dinámicas y simultáneamente están ocurriendo en la ciudad sucesos que no tienen alguna conexión con otros, son absolutamente independientes, lo cual le preocupa a los comunicadores sociales en término de que presentan una ciudad tan polivalente que es difícil de entender.

No podemos aspirar a una ciudad homogénea, eso es romántico, es la nostalgia de un pasado decimonónico. Estamos en otro momento y lo que hay que entender es eso: que las ciudades se mueven y se transforman, que son plurales, diversas, asimétricas.

La idea un poco de la *polis* es entender que la ciudad es eso, pero tratar de otorgarle sentido sin que genere vértigo. Todo a través de una acción específicamente política pero sin intentar homogeneidades.° Es lograr encontrar un espacio en el cual los sujetos vivan en el sentido de la ética, que es la condición humana fundamental de la existencia del ciudadano. No se trata entonces de imponer unos valores o "recuperar los valores" como dicen nuestras autoridades. Porque eso es más bien un mito, esa idea de la sociedad armónica y tranquila. Lo que hay es que crear unos nuevos valores éticos pero son los valores de la democracia, de la tolerancia, del respeto por el otro y de llegar a unos mínimos éticos que serían esa nueva identidad política en torno a una reglas del juego que vamos a aceptar mínimamente para poder establecer mecanismos de la convivencia.° Yo diría que la gran desesperanza nuestra está en la incapacidad que tiene cualquier habitante urbano de tener unas mínimas certezas en torno a qué va a ocurrir o a cómo se espera que las cosas ocurran, porque estas ciudades son un poco el *REINO DE LA ARBITRARIEDAD* precisa-

mente porque NO tenemos unos mínimos referentes.

La *Polis* no garantiza certezas pero sí las mediatiza a través de un funcionamiento público visible, abierto, conocible y criticable de la vida urbana. Y esa es la idea de otorgarle sentido. ¿Qué es lo que se plantea cuando se señala la necesidad de construcción de lo público? Aquí tendríamos que hacer una serie de distinciones entre lo que son las identidades culturales y sociales que poseen los diferentes grupos y sujetos que habitan la urbe y lo que es la identidad política que es la que define los ciudadanos.

Como habíamos planteado, en las urbes compiten y se enfrentan identidades culturales y sociales diversas definidas básicamente por lo vivido pero que no son pensadas o reflexionadas, simplemente se aceptan, casi que se heredan: uno nace con una especie de identidad antioqueña o india o negra que son asumidas como parte de la vida pero que no son argumentadas ni voluntarias. Estas identidades culturales y sociales, algunas de ellas premodernas otras surgidas de la complejidad de lo urbano son muy importantes pero tienen un problema y es que NO generan per sé identidades políticas. No podemos confundir identidades culturales con identidades políticas. Entonces cuando nos llaman a generar procesos de identidad generalmente nos están llamando a fortalecer identidades pre-políticas.

No se trata de dejar nuestros arraigos domésticos para adquirir otra personalidad pero sí es necesario que se genere otra identidad, que es la identidad política: es la identidad con la polis, con lo público que es ante todo una *ADHESIÓN VOLUNTARIA* que implica reflexión, comunicación, decisión, acción para aceptar ese marco al cual yo me adhiero. Las identidades culturales no tienen posibilidad de adhesión: yo no me puedo adherir a la identidad indígena porque yo vengo de otra etnia pero a la ciudadanía sí me puedo adherir así provenga de diferencias étnicas o culturales que tienen grandes dificultades o conflictos. De allí que mientras las urbes no tengan di-

misión de polis, los conflictos de lo urbano necesariamente tienen que resolverse a través de la violencia, no hay otra alternativa de resolver esos problemas sino a través de la violencia. ♣

Interlocución

Lo que yo quiero plantearles es cómo con la ciudadanía aparece una nueva identidad que no suprime las anteriores pero es una identidad *CONSTRUCTIVISTA*. Esta identidad ciudadana es ante todo deliberativa y discursiva, es tratar precisamente de crear unos códigos nuevos comunes que nos permitan buscar algunos mecanismos de comunicación por encima de esa divergencia y de esa pluralidad de códigos. Esa nueva identidad política es secularizada, es decir, para poder adquirir la condición de ciudadano lo primero que un poblador tiene que hacer es relativizar sus propios valores y creencias porque si los pone en la condición de absoluto, se sigue manteniendo en el campo de lo sacro, es imposible establecer ninguna condición de ciudadanía. La sacralización es una de las grandes dificultades de la construcción de la ciudadanía moderna y el problema de nuestras urbes es que nosotros seguimos siendo muy sacros - aunque no vamos a misa ni creamos en Dios - no es simplemente la adhesión a una religión, sino que nuestras actitudes son sacras porque son totalizantes y absolutamente intolerantes con el otro, porque pensamos que lo nuestro es la verdad absoluta y matamos por defenderla: no hay nada más sacralizado que una organización armada.

Se trata de articular esa identidad nueva ciudadana en torno a un núcleo de ideas mínimas: como la aceptación de los derechos fundamentales, la aceptación de la ley como manera de relación social intersubjetiva de los ciudadanos con el Estado, y aceptar una cuarta condición de divergencia entre gobernantes y gobernados pero entender que la condición del gobernado es precisamente esa lucha permanente por volver lo público al público.

Desde esta perspectiva, la única comunidad política posible en la urbe es la ciudadanía porque cualquier otro tipo de comunidad es una comunidad societal: resuelve problemas pequeños y en pequeño, pero no resuelve los problemas globales ni tiene la capacidad de pensar en el futuro.

Esa comunidad ciudadana intenta definir lo que puede ser común a todos y puede ser usado por todos.

Entonces cuando hablamos de ciudadanía generalmente estamos pensando que ciuda-

dano es el que vota, pero tan importante como el ciudadano que vota estamos pensando en un ciudadano cotidiano, permanentemente preocupado por el quehacer de la vida en la ciudad.

Para terminar yo diría que el gran reto en Colombia y en el tercer mundo es que estamos obligados a generar *polis*, integración, cohesión, identidades políticas en sociedad con profundas desigualdades para darle por lo menos una perspectiva al drama escenificado en nuestras urbes modernas. Gracias.

